

La otra Elizabeth Taylor



fue bibliotecaria

Posiblemente fue la novelista y también bibliotecaria Anne Tyler la primera que se refirió a nuestra autora como “La otra Elizabeth Taylor” en un artículo publicado en agosto de 1983 en el Washington Post. Desde entonces, la única biografía publicada sobre ella y decenas de artículos en los últimos treinta años se refieren a esta novelista y bibliotecaria siempre cómo “La otra Elizabeth Taylor”.

NO HAS OÍDO HABLAR DE ELLA

Buscar información sobre Elizabeth Taylor (escritora) siempre requiere desambiguación para distinguirla de Elizabeth Taylor (actriz), lo cual habría podido llenar de orgullo a alguna otra bibliotecaria, pero a ella le produjo la certeza de quedar oculta. Y se ocultó, forzada por la circunstancia de llamarse igual que una célebre actriz de Hollywood, pero complacida por la oportunidad que esto le prestó de vivir una vida privada-privada. Quizá el *karma* de un nombre compartido permitió que se librara de ser una celebridad ella misma, porque la verdad es que tuvo muchos lectores a ambos lados del Atlántico y fue elogiada por muy buenos escritores, por lo que cumplió las condiciones para haberse hecho más famosa. Pero no quiso.

"Siempre se esforzó por ser una persona privada y ser conocida como tal, por lo que habría aborrecido la intrusión de un biógrafo en su vida personal" afirma su biógrafa, Nicola Beauman. Una escritora muy modesta personalmente, que evitó ser un personaje público y pidió que a su muerte fueran destruidos todos sus papeles personales (cartas, diarios y apuntes) excluidos los manuscritos de sus novelas y relatos publicados.

La novelista Elizabeth Taylor frecuentemente recibía cartas que en realidad estaban dirigidas a su tocaya la actriz. "Me escriben hombres pidiéndome una foto mía en bikini" contó al diario *The Times* en 1971 cuando contaba 59 años "y mi marido piensa que debería enviarles esa foto mía para darles un corte, pero la verdad es que no tengo un bikini."

UNA HABITACIÓN PROPIA

Jane Austen escribió siempre en las habitaciones comunes de su casa, compartiendo el espacio con su familia, siempre pendiente de quién iba a aparecer detrás de la puerta para discretamente ocultar su cuaderno bajo las labores de costura. Virginia Woolf compuso su reivindicación de los derechos de la mujer "Una habitación propia" a partir de la historia de Jane Austen y su falta de habitación propia donde escribir -y donde tener su propia vida y dejar de ser, de paso, un elemento doméstico más. Elizabeth Taylor nunca quiso una habitación propia. Y no por falta de posibilidades económicas, ya que vivió una situación desahogada la mayor parte de su vida, en casas suficientemente espaciosas como una dama de los "Home Counties" británicos con su marido y sus hijos. Pero aunque contó con la

ayuda de servicio doméstico Elizabeth Taylor siempre se dedicó en primer lugar a sus hijos antes que a la escritura, que dejaba de lado siempre que éstos la reclamaban. Años después de su muerte en 1975 uno de sus hijos aseguraría en una entrevista "ni siquiera éramos conscientes de que nuestra madre fuera una escritora; por supuesto que lo *sabíamos*, pero no lo *notábamos*".

Elizabeth Taylor negoció entre el arte y la vida, entre autoría y maternidad, entre reconocimiento público y vida privada. "De un modo instintivo creo que una mujer con hijos no puede ser escritora" contaba en una carta a una amiga, en una confesión sobre la que volveremos más tarde.

No tuvo una habitación propia, un despacho, un escritorio: le gustaba escribir con una pluma estilográfica en un simple cuaderno sobre sus rodillas mientras estaba sentada en un sillón donde pasaba la mañana después de haber hecho la compra y antes de preparar la comida para su marido, o por las tardes después de comer. Sus rutinas tranquilas y ordenadas, decía, eran lo que le dejaba tiempo para escribir; se describía a sí misma pensando en los argumentos de sus libros mientras planchaba la ropa. "Gracias a Dios he tenido una vida privada de sobresaltos", afirmó una vez.

Nunca formó parte de la escena literaria londinense: no acudía a fiestas editoriales ni presentaciones de libros, ni formaba parte de clubs ni asociaciones de escritores, en sus años de mayor éxito editorial resultaba muy difícil hacer que saliera de su casa para acudir a una firma de libros o algún otro acto público. Ostenta el raro récord de haber contestado con treinta cortantes monosílabos a las treinta preguntas en que consistía la entrevista que una vez accedió conceder a la BBC. Era una persona solitaria, o al menos era una persona que estaba sola, y que pocas veces tuvo con quién hablar personalmente sobre su escritura. A falta de personas con las que hablar sustituyó las relaciones personales por las epistolares, y las cartas se convirtieron en su conversación.

En 1950 a través de su amiga Maude Eaton conoce a la novelista Barbara Pym, que se convierte en su gran amiga -una de sus pocas amigas escritoras. Con ella mantiene una correspondencia epistolar -está archivada en la Bodleian Library de Oxford- que se prolonga a lo largo de dieciocho años y en la que hablan de tres cosas: su trabajo, sus ideas

sobre el lugar de la mujer en el mundo, y sus propias vidas. Aunque llevaron existencias muy distintas –Taylor estaba casada, llevaba una vida familiar y no participaba en la escena literaria, mientras que Pym se mantuvo soltera, fue una mujer trabajadora e independiente y miembro del PEN Club– ambas escribieron sobre vidas domésticas de mujeres y de algún modo reflejaron, si no reflexionaron sobre el papel de la mujer británica de posguerra y sus microcosmos cotidianos, cada una en su estilo –ambos ágiles y hábiles en los diálogos–, cada una con sus dosis de fina ironía, sarcasmo y costumbrismo.



PERLAS EN EL CUELLO Y TAZAS DE TÉ SOBRE LA MESA

“En sus páginas oyes el tintineo de las tazas de té” dijo sobre Elizabeth Taylor el novelista estadounidense Saul Bellow una vez que actuó de jurado en un premio literario que Taylor no ganó. Y el autor británico Kingsley Amis observó: “Su obra parece adecuada para revistas de mujeres pasadas de moda, es algo que habla de maridos y esposas, padres e hijos de las zonas residenciales, algo bastante trivial”.

Ella enviaba sus relatos desde muy joven a las revistas literarias, recibiendo siempre cartas de rechazo, de disculpas, o el silencio. Tras diez años de rechazos, en 1943 obtiene la primera aceptación de una revista para publicar uno de sus relatos, publicado en marzo de 1944 en una revista cuyo editor literario era George Orwell. Ella tenía ya treinta y un años. En junio de 1944 ya había

publicado relatos en tres revistas más. Elizabeth Taylor publica su primera novela “At Mrs. Lippincote’s” en septiembre de 1945 cuando tiene ya terminada la segunda, “Palladian” (1946). En octubre de 1945 se publica “At Mrs. Lippincote’s” en Estados Unidos cuando ya está trabajando en su nueva novela “A view of the harbour” (1947) con la que obtiene bastantes buenas críticas y el favor del público británico. Comienza entonces a escribir “A wreath of roses” (1949) y en los años 1948-49 comienzan a publicarse sus relatos en revistas norteamericanas como Harper’s Bazaar, Vogue, o The New Yorker; entre 1949 y 1969 publicó 34 relatos en The New Yorker. Cuando “A wreath of roses” ya era un éxito de ventas comenzó a escribir la que se puede considerar su mejor obra “A game of hide and seek” (1951). En el verano de 1951 comenzó otra novela, “The sleeping beauty” (1953) que recibió muy malas críticas que hundieron a la autora en una depresión y paró de escribir hasta que en enero de 1956 comenzó “Angel” (1957), novela bastante distinta de las anteriores. Aún publicó cuatro novelas más, “In a Summer Season” (1961), “The Soul of Kindness” (1964), “The Wedding Group” (1968) que como veremos más tarde retrata un episodio crucial de su juventud, y finalmente “Mrs. Palfrey at the Claremont” (1971). Póstumamente se publicó “Blaming” (1976), quizá su novela más divertida. Cuatro colecciones de sus deliciosos relatos fueron publicadas entre tanto: “Hester Lilly” (1954), “The Blush and Other Stories” (1958), “A Dedicated Man and Other Stories” (1965) y “The Devastating Boys” (1972).

Tenemos la imagen de una correcta escritora que escribe correctas novelas destinadas a un público *middlebrow*, esto es, ni en las altas esferas de la más selecta –e incomprensible– cultura, ni en las clases populares ávidas de *bestsellers* o novelas de géneros fáciles. Sus agudos retratos de personajes de clase media o clase media-alta son muy del agrado de grupos de lectores precisamente de clase media o clase media-baja, y en sus *austenitas* novelas llenas de amor y amistad inspecciona las relaciones dentro de familias como la suya propia con ingenio y calidez, humor e ironía. De nuevo Kingsley Amis añade “su obra tiene un parecido superficial a la llamada ‘novela de biblioteca’ o ‘novela femenina’ frecuentemente vilipendiada –aunque raramente leída– en círculos literarios”. Generaciones de lectores se han deleitado con su exposición sutil y penetrante de las vanidades y autoengaños de la vida cotidiana, su especial sensibilidad a la frustración y la desilusión, y la maravillosa frescura y el ingenio de sus diálogos.

La revista profesional de los bibliotecarios norteamericanos *Library Journal* dedicó en 1968 una reseña a su novela "The Wedding Group" en la que se afirmaba que "encontramos en esta novela los personajes habituales y las cualidades literarias habituales que han hecho que Mrs. Taylor tenga tan devotos seguidores: humor, ironía, artística estructuración y gracia estilística... este estudio del carácter británico que no hace ninguna apuesta por la grandeza es puro placer y debe proporcionar entretenimiento a muchos clientes femeninos de las bibliotecas públicas."

Es tal su carácter de escritora costumbrista, de situaciones domésticas y cotidianas levemente picantes, levemente irónicas, que en la novela "A view of the harbour" uno de los elementos desencadenantes de la acción principal gira alrededor de una tetera demasiado llena. Sí, es cierto, "en sus páginas oyes el tintineo de las tazas de té", pero hay algo que se nos escapa si nos quedamos ahí.

NADA DE TODO ESTO ES LO QUE PARECE

¿Quién era Elizabeth Taylor antes de adoptar ese nombre de casada con el que publicó su obra y con el que quedó sepultada bajo el peso de la homonimia con la actriz de los ojos color violeta? No nos llamemos a engaño por sus reposados retratos de mujeres en sepia, pues su vida fue intensa y llena de acción entre té y té.

Betty Coles –su nombre de soltera– fue una escritora precoz: nieta de un ferroviario, de familia relativamente humilde, a los once años ingresa en la Abbey School de Reading (la escuela donde había estudiado su modelo Jane Austen), lo que supone para ella un ascenso de categoría social; a los doce años enviaba sus poesías a la revista de Bloomsbury "Life and letters", a los dieciséis ya había escrito tres novelas "muy tristes" y varias obras de teatro, hoy perdidas. A los diecisiete años, en julio de 1930, abandona Abbey School decidida a convertirse en escritora. Había comenzado leyendo a Beatrix Potter; más tarde "Alice Adventures in Wonderland" supuso para ella una experiencia excitante; de Lewis Carroll saltó directamente a Fedor Dostoievski, cuyo "Crimen y castigo" leyó y releyó aún siendo una niña. "Es fácil saber quiénes son mis escritores de referencia: Jane Austen, Anton Chejov, E.M. Forster y Virginia Woolf", contaría más tarde ella misma en una carta.

Ese verano de 1930 se produce un encuentro

crucial en su vida. Su familia se mudó de Reading a Naphill, cerca de High Wycombe en Buckinghamshire, donde se encontraba la Granja Pigott en la que el polifacético artista Eric Gill había creado una curiosa comuna libertaria y católica de artistas bohemios. Este escultor, más conocido fuera de Inglaterra como el creador de una de las tipografías esenciales de la edad moderna y que lleva su nombre, había fundado una comunidad formada por sus propias hijas con sus maridos y varios artistas y aprendices, que trabajaban el tallado de la roca y la madera en esculturas, criaban cerdos y gallinas, molían su propio trigo para hacer su propio pan, y vestían con toscas túnicas y sandalias. Betty Coles, con diecisiete años, se une a la comuna de Eric Gill en la que aprende a realizar trabajos manuales, ayuda en las tareas agrícolas y de la granja, en los talleres de grabado, y aparentemente posa desnuda como modelo para una serie de grabados eróticos de Eric Gill. Aparentemente, y este es un asunto espinoso, porque años más tarde en sus memorias el artista confesó haber mantenido constantes relaciones sexuales con todos los miembros de su comuna, incluyendo sus modelos y hasta sus propias hijas, lo que hizo que su vida y su trabajo quedaran ligados al escándalo y la vergüenza. Muchos años más tarde nuestra autora retrató al artista y su comuna en la novela "The Wedding Group" (1968) en la que un procaz y envejecido artista seduce a las jovencitas que le sirven de modelo.

*La joven Elizabeth Taylor
estaba encasillada en un
nivel social por la biblioteca
que frecuentaba y por
la biblioteca en la que
trabajaba.*

Elizabeth Taylor no lo cuenta en sus cartas –quizá en sus diarios, pero fueron destruidos– aunque sí cuenta que en Pigott conoció a uno de los artistas que allí trabajaban, el carpintero, escultor y diseñador de muebles Donald Potter, del que se enamoró. Ella tenía diecinueve años y él veintinueve, y fueron amantes entre el verano de 1932 y febrero de 1934: la joven Betty había encontrado un artista, un hombre extraordinariamente atractivo, con el que podía hablar de literatura y de arte; el joven Don introdujo a Betty en las teorías de William Morris y el socialismo utópico, fue a nadar con ella en las orillas del Támesis, y encontró también

con quién discutir de tú a tú sobre arte y literatura. Betty posaba para Don, y Don acudía los domingos a comer a casa de los padres de Betty. Pero Don no tenía dinero para casarse y rompieron su relación.

*Ella enviaba sus relatos
desde muy joven a las
revistas literarias, recibiendo
siempre cartas de rechazo, de
disculpas, o el silencio.*

Desde noviembre de 1932 Betty Coles -ahora ya con el nombre de Elizabeth Coles- participa en el High Wycombe Little Theatre Club representando obras de teatro aficionado, y haciendo teatro conoce en 1934 a John Taylor, que tenía entonces veintiséis años. Hijo de un rico empresario local que luego se convertiría en alcalde de la localidad, John vivía con sus padres en una imponente mansión eduardiana con amplios jardines y multitud de sirvientes. Se convierte en novia de John Taylor.

Cuando Elizabeth Coles abandonó la relación con Don Potter comenzó a buscar trabajo, consciente de que necesitaba una independencia económica. Gran aficionada a la lectura desde niña como hemos visto, en sus años de estudiante en la Abbey School se aficionó a las visitas a la Reading Public Library "polvorienta y anticuada, pero se convirtió en mi segunda casa". Al volver a casa de sus padres en 1930 se suscribió a la Boots Lending Library, a la que acudía en bicicleta cada semana para intercambiar sus libros. La empresa farmacéutica Boots mantuvo entre 1899 y 1966 una red de "lending libraries", centros de intercambio de libros por suscripción que en 1930 ya contaba con 400 sucursales y un millón de suscriptores. Pues bien, en 1934 Elizabeth Coles comenzó a trabajar en la sucursal de Maidenhead de la Boots Booklovers Lending Library, y a las pocas semanas era responsable de la nueva sucursal de la misma red en su ciudad, High Wycombe, donde trabajó hasta 1936. Fue un periodo corto, lo que duró el intervalo entre su ruptura con Don Potter y su boda con John Taylor, pero indudablemente dejó un peso en su conocimiento del público lector al que dirigir su obra.

Los clubes de lectura y estas *lending libraries* habían creado en Inglaterra el sentimiento

entre muchas mujeres de pertenecer a una auténtica comunidad de lectoras, con una identidad femenina compartida basada en el género de libros que en esos centros se intercambiaban. Las *lending libraries* como las de Boots, W.H. Smith, Day's o Mudie's se convirtieron en el hogar natural de la novela femenina *middle-brow* y sus lectoras, donde el tipo de biblioteca que se frecuentaba indicaba el nivel social de la lectora, de modo que Day's o Mudie's eran el territorio de las *señoras bien*, mientras que Boots pertenecía a las clases medias de entornos suburbanos. Y la joven Elizabeth Taylor, cuya antigua escuela celebró con un titular de su periódico interno "Betty Coles is in charge of the newly opened High Wycombe Boots Booklovers Library" estaba encasillada en un nivel social por la biblioteca que frecuentaba y por la biblioteca en la que trabajaba. De modo que volvió a conseguir un ascenso social que pasaba por abandonar su trabajo de bibliotecaria.

Porque en efecto se casó con John Taylor dos meses después de que muriera Elsie Coles, la madre de Elizabeth Coles, que pasó en marzo de 1936 a llamarse, para ser conocida así durante el resto de su vida, Elizabeth Taylor. Se casó embarazada -perdió el bebé- y contra la voluntad de los padres de John, al que conocía desde hacía un año. Al día siguiente John salió por la mañana a la fábrica de dulces de su padre, donde trabajaba encargándose de parte del negocio familiar, y Elizabeth se encontró con su nueva vida de casada al frente de su casa, un piso nuevo en el centro de High Wycombe, a muy poca distancia de la Boots Library donde había trabajado, y de la Biblioteca Pública que se había inaugurado en 1932: aunque había leído intensamente durante sus años de estudiante es en este periodo de su vida, antes de la guerra, cuando más se pudo dedicar a la lectura.

Pocas semanas antes de casarse Elizabeth Taylor había contraído otro compromiso, al afiliarse al Partido Comunista -paradójicamente ella siempre fue reacia a participar en ninguna organización civil ni religiosa, incluso había mostrado abierta hostilidad a las organizaciones. En el Partido conoció al que sería su amigo más cercano y amante durante años, Raymond Russell, cuando él tenía veintidós y ella veintitrés años.

Las amigas de Betty se sorprendieron de que se casara con alguien como John Taylor -un joven atractivo pero un prosaico burgués dedicado a los negocios de la familia- en lugar de lo que imaginaban, un artista, alguien más bohemio y con quien ella coincidiera en más puntos de vista. Ray Russell era al mismo tiempo un artista y

un trabajador, pintor, artesano, obrero en una fábrica de muebles, miembro del Partido, con el que podía mantener largas conversaciones sobre William Morris, la lucha contra el fascismo internacional o las posibilidades de vivir una vida despojada de las obligaciones sociales y económicas.

En 1937 John y Elizabeth Taylor tuvieron su primer bebé y se mudaron del piso del centro a una casa en las afueras, donde contaron con más espacio, servicio doméstico, coche, jardín, y el tipo de vida convencional que reflejó en muchos de sus relatos y novelas. Al mismo tiempo que mantenía una relación sentimental con Ray Russell y seguía siendo miembro del Partido Comunista; hasta 1945 mantuvo una doble vida con su marido John y su amante Ray, y a partir de 1945 la relación con este último fue sólo epistolar.

Al comienzo de este artículo les citaba una carta en la que Elizabeth Taylor confesaba a una amiga "de un modo instintivo creo que una mujer con hijos no puede ser escritora". Pero la cita completa añade "es porque se niega a las mujeres la posibilidad de tener más de una dimensión, ser madre y escritora, con lo que al final tanto los hijos como la escritura sufren las consecuencias. Esto está ligado a un sentimiento de culpabilidad. Las escritoras no tienen hijos: Safo, Jane Austen, George Eliot, Nancy Mitford, Fanny Burney, las hermanas Brontë, Virginia Woolf, Gertrude Stein". Sobre su pertenencia al Partido Comunista escribió en 1946: "Mi interés al afiliarme no fue conseguir nada parecido a Rusia, sino conseguir que hombres y mujeres tuvieran las mismas oportunidades, que pudieran crecer y educarse juntos, y que la mujer sea respetada en primer lugar como persona y no como una máquina de reproducción".

¿QUÉ HA QUEDADO DE ELIZABETH TAYLOR?

Elizabeth Taylor llevó una aparentemente tranquila y acomodada vida en el Buckinghamshire rural, y sin embargo en sus novelas retrata intensos dramas emocionales de seres torturados, a menudo solitarios y deprimidos, incapaces de aceptar el destino. Es cierto que en

su literatura evitó el tratamiento de temas abstractos como el desarrollo de la personalidad, la libertad individual o las frustraciones, pero en sus relatos y novelas abunda la representación de un mismo tipo humano: mujeres de alguna manera presionadas, deformadas por el esfuerzo de voluntad que requiere afirmarse a sí mismas.

Generaciones de lectores se han deleitado con su exposición sutil y penetrante de las vanidades y autoengaños de la vida cotidiana.

Decíamos más arriba que nuestra autora era una persona solitaria, o al menos una persona que estaba sola. Pues bien, ella misma lo contaba así: "La soledad es uno de los temas constantes en muchos de mis relatos y novelas; las distintas maneras en que unas personas pueden verse aisladas por las demás". No era el amor a la soledad, sino la sensación de aislamiento.

Elizabeth Taylor no resiste la comparación con su amiga Barbara Pym a la que tantas veces la vemos asociada y con la que compartió importantes puntos de vista, por ejemplo sobre el papel de la mujer en el mundo. Pero la elegante ironía de Pym, sus ambientes sofisticados, sus mujeres con carácter y sus finales felices se convierten en las novelas y relatos de Taylor en triste ironía, ambientes opresivos, mujeres deprimidas y, de un modo chejoviano, un sentimiento de que la vida pasa y al final nada queda resuelto.

PARA SABER MÁS... (Obras de Elizabeth Taylor en español)

- *Una vista del puerto*. Gatopardo, 2016. Alfaguara, 1990.
- *El juego del amor*. Ático de los Libros, 2013.
- *La señorita Dashwood*. Ático de los Libros, 2012.
- *Ángel*. Anagrama, 2012.
- *El hotel de Mrs. Palfrey*. Bruguera, 1986.▲